

El niño ante la poesía

(proyección didáctica de un poema de García Lorca)

Miguel José Pérez

*El niño comprende, mejor que
nosotros, la clave inefable
de la sustancia poética.*

García Lorca

I

Los recuerdos infantiles de quien esto escribe, los primeros y más fecundos recuerdos de la escuela -una escuela rural, un pueblo de montaña dedicado al pastoreo y la labranza, una maestra entusiasmada con su trabajo- van unidos a la poesía. Todavía puedo recitar de memoria:

He dormido esta noche en el monte
con el niño que guarda mis vacas.
En el valle tendió para ambos
el rapaz su raquílica manta...

O aquel otro:

Estando yo en la mi choza,
pintando la mi cayada,
las cabrillas altas iban
y la luna rabajaba...

Son nada más que dos ejemplos de los muchos que podría citar, entre los que se extiende gran parte de la poesía española. Parodiando a Bécquer, quiero decir que todavía conservo vivo el recuerdo de lo que en aquellos años de mi infancia pude sentir.

Aquellos poemas dejaron una profunda huella en mi alma de niño, una huella que, al cabo de los años, permanece imborrable. Esa impronta me ha hecho superar ese mundo de la enseñanza malherido por tantas lecciones aprendidas y no entendidas, lleno de tantos sueños frustrados, y maltrecho por una realidad ofrecida sin amor y muchas veces con crueldad. (Como muchos de los primeros cuentos que oye el niño).

Por eso cuando algún alumno me dice que a él no le gusta la poesía, me quedo perplejo y una pena punzante recorre mis huesos. ¿Puede un estudiante de magisterio que se exprese así ser un buen maestro? ¿Debe dedicarse, siquiera, a la

enseñanza? Para ser maestro, para ser educador de niños, es necesario tener capacidad de sentir la poesía y poder transmitirla a los demás. Me atrevo a decir incluso que eso es *conditio sine qua non*.

El maestro que quiera que la lectura -que la enseñanza de la lengua en todos sus aspectos, incluidos los más áridos- sea un acto gozoso ha de partir necesariamente de la poesía. Y ello no le será difícil si posee aquella capacidad. No olvidemos que el niño es un ser inundado de poesía, que su propio lenguaje está lleno de expresividad, que es un auténtico creador de imágenes y de sonidos, y que, en definitiva, está en inmejorables condiciones para reaccionar ante el hecho poético.

No podemos olvidar, por otra parte, que la poesía es ante todo comunicación. Vicente Aleixandre -¡Quién mejor que él!- nos lo dice con estas estremecidas palabras:

En todas las etapas de su existir el poeta se ha hallado convicto de que la poesía no es cuestión de fealdad o hermosura, sino de mudez o comunicación. A través de la poesía pasa prístino el latido vital que la ha hecho posible, y en este poder de transmisión está quizá el único secreto de la poesía, que, cada vez lo he ido sintiendo más firmemente, no consiste tanto en hacer belleza cuanto en alcanzar propagación, comunicación profunda del alma de los hombres(1).

Y, tras rechazar la idea de que pueda haber palabras poéticas y palabras no poéticas -pues «toda palabra es poética si necesaria»-, añade concluyente:

No hay más que palabras vivas y palabras muertas, palabras verdaderas y palabras falsas. En este sentido la poesía es una profunda verdad comunicada(2).

¡La poesía como profunda verdad comunicada! ¿Puede comunicarse a los niños una profunda verdad? Indudablemente. Lo que hace falta es adaptar el modo de comunicación a su capacidad de comprensión. ¿Cómo conseguirlo? Si nosotros, como hemos dicho, nos metemos en su mundo, si metemos en él el mundo de las cosas, el camino estará expedito. Pero si nos seguimos empeñando en llevar al niño por el camino de la sabiduría adulta, o por el camino de las ñoñeces y falsedades -considerándolo como una criatura tonta-, fracasaremos rotundamente, porque nos olvidamos de que en el mundo de los niños hay estrellas que bucean en los fondos marinos y caracolas que guardan resonancias de lejanas canciones.

¿Por qué recuerda uno con emoción los poemas que tiñeron su infancia? Sencillamente porque hablaban al mundo de su infancia. Le comunicaban la profunda verdad -la poesía- que brotaba del mundo que le rodeaba, del mundo en que yo estaba inmerso. Un mundo donde los hechos y los seres de todos y cada uno de los días, entre los que yo me desarrollaba, se enhebraban -trama y urdimbre- en el tejido de mi fantasía, compuesto de luces y sombras, de colores y sonidos, de noches y días...

II

Estas consideraciones sirven de preámbulo y nos introducen en el comentario de un poema de García Lorca. Es un poema bastante conocido, y suele aparecer -junto con otros del mismo autor- en los libros escolares, tal vez por considerarlo poema sencillo y de fácil comprensión. Pertenece al libro *Canciones (1921-1924)*. Se trata del poema que lleva por título «Agua, ¿dónde vas?» y que coincide con el primer verso del mismo(3).

Nuestra intención con este trabajo consistía en comprobar que ese poema podía ser comprendido por los niños, y ver, además, cómo constituye un elemento valioso para despertar y cultivar la sensibilidad de los escolares, fomentar e impulsar su creatividad literaria y artístico-pictórica, y a la vez servir de base para el conocimiento de la propia lengua(4). He aquí el texto del poema:

AGUA, ¿DÓNDE VAS?

Agua, ¿dónde vas?

Riyendo voy por el río
a las orillas del mar.

Mar, ¿adónde vas?

Río arriba voy buscando
fuente donde descansar.

Chopo, y ¿tú qué harás?

No quiero decirte nada.
Yo... ¡temblar!

¿Qué deseo, qué no deseo,
por el río y por la mar?

(Cuatro pájaros sin rumbo
en el alto chopo están)(5).

Con este poema pretendimos fundamentalmente despertar la sensibilidad del niño haciéndole a él mismo partícipe del hecho poético. Para ello debíamos trasladar lo que el poema dice a situaciones vividas por los propios escolares(6). El poema es -o lo parece- extraordinariamente sencillo, pero encierra a la vez de un profundo simbolismo: la vida, la muerte, el tiempo, la libertad... ¿Cómo hacer que el niño sienta la belleza de estos símbolos, y el misterio que encierran, sin hablarle de ello? Intentémoslo.

Primera parte

Tenemos un léxico que el niño conoce perfectamente: *agua, río, mar y fuente; orilla, árbol y pájaros*; y los verbos *ir, reír, buscar, hacer, decir, temblar, querer, desear, estar*, que infunden al poema ese ritmo alegre que lo inunda.

Tenemos una estructura dialogada, con oraciones sencillas que se configuran según las diversas actitudes del hablante: se pregunta, se afirma, se niega, se admira. Como hace el niño a cada paso.

Hay un continuo movimiento. ¿No está el niño en su vida diaria moviéndose de un lugar para otro?

Tenemos un camino de ida, una llegada, un regreso al punto de origen. Y en el camino suelen acaecer muchas cosas...

¿Por qué no aprovechar todo esto para hacer que sea el niño el propio protagonista del poema?

Y empezamos.

Tras la lectura pausada -sentida- del poema, les hacemos preguntas de carácter general que les ayuden a comprender el texto. Dibujamos un río en la pizarra: nacimiento (fuente), remansos, afluentes, meandros, desembocadura..., y mar. Hacia la mitad de su recorrido, un chopo con cuatro pájaros. (Les podemos decir a los niños que dibujen también un río en el papel con todas esas partes).

Enseguida vamos a asistir a la transformación de los chicos y de la clase. Nos dirigimos a uno y otro de los niños. Empezamos por el que vive más lejos del colegio, lo sacamos a la pizarra y lo vamos a convertir en el río que hemos pintado.

Agua, ¿dónde vas?

Riyendo voy por el río
a las orillas del mar.

-¿Dónde estabas antes de levantarte esta mañana?

La respuesta no ofrece dudas. El niño está en la cama, dormido; incluso puede estar completamente tapado. Como el agua de la fuente antes de nacer.

El niño se despierta, el niño se destapa. Ya tenemos el nacimiento del agua, la fuente. El niño, hecho imagen poética.

-¿Te has levantado enseguida? ¿Te has quedado un ratito en la cama?

La fuente puede formar un primer remanso donde el agua se despereza gozosa, o empezar a caminar de inmediato.

-Te has levantado, has empezado a andar, te has lavado y vestido, has desayunado. Todo esto lo has hecho yendo de un sitio para otro, pero a veces te has parado y hasta te has sentado para desayunar. Tú ya no eres tú; eres el agua que nació de la fuente de tu sueño, de tu cama. Y el agua que nace de la fuente camina, forma el río. Tú eres ya el río.

El río incipiente puede formar pequeños remansos, más o menos amplios. Uno sí ha de ser grande, como el espacio que encierra el tiempo del desayuno del niño, porque éste es un hecho importante en su vida.

-Has salido de tu casa camino del colegio. El camino no es recto; tienes que recorrer varias calles, pero buscas siempre el camino más corto y más favorable. Nada más salir, te has encontrado con un compañero del colegio. Os habéis saludado y seguís andando. Por el camino habéis visto un escaparate lleno de juguetes y libros infantiles, y el escaparate os detiene.

El río sigue su curso, buscando siempre los sitios que menores obstáculos ofrezcan. El niño comprende ahora lo que son los meandros. Un nuevo río se le une; el afluente aumenta su caudal. En un lugar propicio se forma otro remanso(7). Y así nuevos niños, nuevos afluentes, se van uniendo al primero... Llegan al colegio, cuyas paredes se convierten en acantilados. El colegio es el mar. Por arte de magia los niños se han convertido en peces: nadan, juegan, se divierten... Las mesas son las rocas de los fondos marinos. Los libros, los cuadernos, todo el material escolar, son... ¿La imaginación, la fantasía del maestro y de los niños se encargarán de darles vida!

Un ejemplo de dramatización

Empezamos por dar nombre a los niños. Uno se llama *Agua*; otro, *Mar*; éste será *Fuente*; aquél, *Chopo*; unos formarán el *Río*; otros serán los *Afluentes*; cuatro serán *Pájaros*; otros harán temblar al chopo y serán el *Viento*. Habrá uno -en principio podrá ser el maestro- que hará de Narrador y será quien pregunte y dirija(8).

Ya tenemos a los niños metidos en el poema, protagonistas activos en la estructura dramática.

Y ahora leemos el poema de nuevo. Despacio. Con fuerza expresiva y con la entonación que exige cada estrofa. Nos dirigimos a cada uno de los niños a medida que los llamamos por sus nuevos nombres(9).

En el suelo de la clase y de un extremo a otro un grupo de niños -el mayor número posible, pero sabiendo cada uno muy bien su propia misión y evitando el desorden- va a pintar, con tiza de colores, el río y todos los demás elementos que hemos dibujado en la pizarra. Junto al dibujo correspondiente se van colocando los niños: la *Fuente*, el *Chopo*, los que forman el *Río*..., cada uno en su sitio.

Empieza la representación. Empezamos a vivir el poema.

Narrador.-Agua, ¿dónde vas?

Agua.- Riyendo voy por el río
a las orillas del mar.

Según va hablando, el niño *Agua* camina por el cauce del río, en general muy lentamente; alguna vez se parará un momento, especialmente cuando encuentre al *Chopo*, y a los *Afluentes*, que irán llegando al cauce del río a medida que llegue el *Agua*, no antes. El *Agua* y los *Afluentes* irán sonriendo o riendo según que vayan más despacio o más de prisa. El niño sabe que el agua que corre y salta obstáculos forma espuma y hace más ruido: canta y ríe más intensamente.

Narrador.-Chopo, y ¿tú qué harás?

Chopo.- No quiero decirte nada.
Yo... ¡temblar!

El *Chopo* tiene levantados los brazos, las ramas: empieza a moverlos y tirar porque los niños *Viento* soplan con fuerza al unísono sobre él. Mientras, los cuatro *Pájaros*, agarrados al *Chopo*, le acompañan en el temblor.

Unos niños.-¿Qué deseo, qué no deseo,
por el río y por la mar?

Un grupo de niños moviendo cadenciosamente sus brazos, recorren el río, y el mar, y sus orillas preguntando / exclamando reiteradamente:

Los niños.-¿Qué deseo, qué no deseo,
por el río y por la mar?

La representación continúa:

Narrador.-Mar, ¿adónde vas?
Mar.- Río arriba voy buscando
fuente donde descansar.

El niño *Mar* emprende el camino, río arriba; cada vez va más despacio. Junto al *Chopo* se detiene. Continúa su camino cada vez más cansado. Poco a poco se va agotando. A duras penas llega a la *Fuente*, donde cae abatido por la fatiga.

Lo mismo que hace el niño *Mar* lo podrán hacer otros niños *Mar*, que serán los *Afluentes*. En este caso, éstos acompañarán al niño *Mar* principal hasta su desvío, y todos irán llegando a su final, su *Fuente*, antes que aquél.

Finalmente, todos los niños formando grupos de cinco -un *Chopo* y cuatro *Pájaros*- entonan o cantan:

Todos los niños.- Cuatro pájaros sin rumbo
en el alto chopo están.

Segunda parte

Pero el colegio termina. El niño vuelve a su casa. El poeta ve la hermosura del ir y venir de la vida, de la vida que no tiene principio ni fin, como la muerte. La vida lleva a la muerte y ésta conduce a la vida, en un eterno inacabado empezar, en un perpetuo y virginal crecimiento de alborada.

Mar, ¿adónde vas?

Río arriba voy buscando
fuente donde descansar.

Seguimos el procedimiento inverso al del principio. El río continúa dibujado en la pizarra. El agua del mar empieza a salir «río arriba». En su trayecto va dejando a todos los afluentes (todos los niños del colegio), que siguen el camino de su fuente (de su casa). Se van quedando primero los niños más próximos al colegio (los últimos afluentes), hasta quedarnos con el río sólo (el primer niño).

-Bien. Te has despedido de tu último compañero. Llegas a tu casa. Haces varias cosas. Cenas. Estás cansado y te entra sueño. Te acuestas. Te tapas. Te duermes. El río se va haciendo cada vez más pequeño, como tú vas perdiendo energía. Ahora eres el agua que descansa. El agua vuelve a su lugar de origen, la fuente, su nacimiento. Sueña.

Los padres le pueden contar algún cuento para que se duerma. El arrullo, el susurro del viento en la yerba, en los árboles, acompañan el agua de la fuente.

* * *

Por el camino -ida y vuelta- se encuentran árboles:

Chopo, y ¿tú qué harás?

Los niños se pueden parar, se suelen parar, junto a los árboles. Los árboles en la orilla del río ocasionan con frecuencia remansos. ¿Qué mejor ocasión para que el niño Río hable con ellos?

El chopo se queda como sorprendido ante la pregunta del niño:

No quiero decirte nada.

Pero inmediatamente parece como si reflexionara y rectifica. ¿Qué motivos tiene para no contestar a una pregunta elemental y sencilla, hecha por un niño? Y lo hace, pero como balbuciendo, estremecido:

Yo... ¡temblar!

¿Por qué tiembla el chopo? ¿Por la brisa del aire que lo mece y le da frío? ¿Por la emoción que le producen la compañía y el trino de los pajarillos? Por todo a la vez... Y ¿acaso no nos estremece sólo el hecho de pensar que un niño le pudiera hacer esa pregunta a un árbol -un chopo- que se encontrara en su camino? Por eso la respuesta del chopo es -¡naturalmente!- la apropiada. El poeta sabe muy bien que no hay otra posible: *Yo... ¡temblar!*

Y el niño -el hombre- es un ser desvalido, un juguete del destino. No sabe lo que quiere. ¿Para qué necesita saberlo? El niño simplemente vive. Se deja llevar; va y viene:

¿Qué deseo, qué no deseo,
por el río y por la mar?

Y en los árboles... ¿quién no ha visto pájaros? ¿Qué niño, qué hombre, no se ha parado alguna vez para mirar a las copas de los árboles, para escuchar los cantos de los pájaros? ¿De dónde vienen, a dónde van esos pájaros? ¿Dónde viven? ¿No son el reclamo de la libertad de los hombres?

(Cuatro pájaros sin rumbo
en el alto chopo están)(10).

Sin rumbo. Guiados por sus sentimientos, sus deseos, su ilusión, su razón y su corazón. Que nadie les imponga normas, leyes, creencias, ideas..., contra su voluntad. Sin rumbo; no desorientados. Libres como la imaginación, como la fantasía en actividad creadora. Libres como la poesía:

Cuatro pájaros sin rumbo
en el alto chopo están.

III

El texto de Lorca que nos sirve de lema -así como el poema mismo que hemos comentado- son bien significativos y deben hacernos pensar, con preocupación, en la grave responsabilidad que contraemos al dedicarnos a la educación de los pequeños. Si «el niño comprende, mejor que nosotros, la clave inefable de la sustancia poética»(11), procuremos entrar con amor reverencial en el mundo infantil, en ese mundo tanto tiempo adormecido por la consabida lección, repetida y dulzona, desamorada y anodina, monótona como «la gota de lluvia tras los cristales» del poema machadiano.

Abramos las compuertas de ese mundo y el agua se transformará en brillo, en luz, en espuma que ríe, que salta y sueña otro mundo, un mundo anhelado donde va a ser posible imaginar, confundir la realidad con el sueño y hasta hacer vida de los propios sueños.

Pero no creamos que es tarea fácil. Adentrarse en el mundo de los niños es tan difícil como arrancar al poeta el secreto de su poesía. Es casi tanto como querer recuperar la infancia que un día perdimos. El niño -dice también García Lorca- «está dentro de un mundo poético inaccesible»(12). Y Goethe -nada menos que Goethe- definía la poesía con estas palabras: «La poesía es un estado de infancia conservado(13)».

Aquella capacidad de ilusión por las cosas que tiene el niño, aquella sensibilidad ante el mundo exterior, aquel manifestar espontáneamente sus propias vivencias, constituyen, a mi entender, las bases de aquel estado de gracia. Y sólo el educador que lo haya podido conservar será capaz de adentrarse en el mundo de los niños y transmitir la emoción que a través de él y en él encierran las cosas.

Notas

(1) V. Aleixandre, *Mis poemas mejores*, Madrid, Gredos, 1976, págs. 8-9.

(2) V. Aleixandre, *Op. cit.*, p. 9.

(3) La parte experimental del análisis de este poema fue realizado en diversos colegios públicos de la Comunidad de Madrid por los maestros que integraban el Grupo de Trabajo de Valdemoro (Tomás, Justiniano, Trini, Casilda, Carmen, Antonia, Lourdes, Isabel, José Antonio...), de C. P. Vicente Aleixandre) y el Grupo de Trabajo de Latina (Angeles, Marcelina, Rosa, Asunción, Angelines, Petra, Julita, Gertrudis...), del C. P. Hernán Cortés), grupos que yo dirigí como miembro del Seminario de Didáctica de la Lengua de la Comunidad de Madrid. Asimismo se ha realizado por alumnos míos en prácticas en otros colegios públicos de la misma Comunidad. En todos ellos la experiencia fue satisfactoria en grado sumo, pero muy especialmente la realizada por mi alumna Isabel Tello García. A todos ellos quiero expresar mi más profundo agradecimiento.

(4) Por razones de espacio, exponemos aquí sólo los aspectos literarios que nos han parecido más interesantes y de mayor valor -con una elemental implicación artístico-pictórica-. Este poema, por otra parte, se presta a su aprovechamiento para otras áreas de conocimiento y, por tanto, como base/texto de enseñanza globalizada (c. naturales, c. exactas...).

(5) F. García Lorca, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1950, p. 344.

(6) Mi primera experiencia con este poema fue desoladora. Una alumna en prácticas les había mandado a los niños que leyeran el texto, los cuales lo hacían de forma monótona, inexpressiva, cansina. Yo sentía peno y hasta angustia al oír a aquellos niños cuyo aburrimiento caía como losa de plomo por el aula. Se me ocurrió preguntar a uno si entendía lo que acababa de leer y la respuesta fue tajante: «No». ¡Un poema bellissimo, que produce un goce inmenso a los mayores y a los pequeños, convertido en insoportable por culpa de un mal procedimiento y por falta de sensibilidad del propio educador! Este hecho motivó para hacer el experimento de que hablamos a continuación.

(7) Queremos advertir que lo mismo que hacemos con el primer niño, el primer río, lo debemos hacer con los afluentes, los demás niños: todos son ríos; y son ellos los que se deben identificar como tales. Incluso se les pueden poner los mismos nombres de los ríos, u otros que ellos se inventen. (No se nos escapan las posibilidades que -a un nivel superior, claro está- puede tener la proyección didáctica de este poema en cuanto al tema tradicional y clásico de la literatura: «Nuestras vidas son los ríos/que van a dar en el mar...»).

(8) Hemos de tener presente que han de intervenir todo los niños. Si fuese necesario, se hará más de un grupo; aunque pienso que, en principio, no es bueno.

(9) Huelga decir que los niños se habrán aprendido el poema de memoria. (A este respecto, queremos decir que es muy importante que el niño cultive su memoria. Como dijo el científico australiano John Eccles, «todo lo que somos está ligado a la memoria desde la primera infancia. Sin la memoria no existiría la autocoscienza» (*El País*, 7 de marzo de 1984). Sí, el niño debe aprender cosas de memoria, pero cosas que merezcan la pena: aquellas que despierten su sensibilidad, que desarrollen su personalidad, su sentido de la dignidad del hombre, del respeto a todas las personas, a todas las ideas y creencias, su amor a la libertad. Por eso debemos huir de las ñoñeces con que, desgraciadamente, se les adornece, así como de todo dogmatismo...).

(10) Quiero dejar constancia de un hecho, que indudablemente tiene un valor simbólico en la poesía de Lorca; y es que el poeta emplea con bastante frecuencia el número cuatro, en situaciones como ésta. Sin salir del mismo libro de *Canciones*, encuentro las siguientes: «Cuatro palomas por el aire van», «Cuatro palomas vuelan y toman», «Llevan heridas sus cuatro sombras» «Cuatro palomas en la tierra están» (del poema «Cazador», p. 293); «Pasaron cuatro jinetes» (del poema «Arbolé, arbolé», p. 309); «Y el arbolé con sus cuatro hojitas / baila también» (dos veces en el poema «A Irene García», p. 316); «Noche de cuatro lunas y un solo árbol» (dos veces en el poema «Murió al amanecer», p. 324); «Cuatro granados tiene tu huerto», «Cuatro cipreses tendrá tu huerto» (del poema «Madrigalillo», p. 337).

(11) F. García Lorca, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1950, p. 57.

(12) F. García Lorca, *Ibidem*, p. 57.

(13) Apud J. Cohen, *El lenguaje de la poesía. Teoría de la poeticidad*, Madrid, Gredos, 1982, p. 252.

